

Valores y juventud: una perspectiva antropológica

María Ester Grebe

I INTRODUCCIÓN

El propósito de este breve ensayo es dar a conocer algunas contribuciones de la Antropología Social referentes a los conceptos de valor y de orientación valórica. Se procederá a examinar estos conceptos para luego enfocar el tema de los valores juveniles que merecen nuestra atención y que gravitan sobre aspectos de la enculturación, identidad y simbología de las generaciones jóvenes. Se intenta así contribuir a la comprensión interdisciplinaria de los problemas inherentes a los valores de la juventud actual.

De acuerdo a la óptica antropológica, el estudio de los valores abre un área problemática y compleja, que la Antropología como Ciencia del Hombre se ha propuesto abordar. Se intenta globalizar y articular los valores y las orientaciones valóricas enmarcándolas como fenómeno culturales, como componentes dinámicos que integran y estructuran los sistemas ideacionales.

De este modo, el estudio de los valores enfrenta una vasta red de relaciones y problemas que rebasa el ámbito de la Antropología, en particular, y de las Ciencias Sociales, en general, estableciendo vínculos con la Filosofía, las Humanidades, la Jurisprudencia y otros campos afines del saber. Plantea interrogantes acerca de la naturaleza del hombre, sus relaciones con los dominios naturales y sobrenaturales, del tiempo y espacio, de la actividad vital, y de las interacciones sociales. Ellas permiten distinguir áreas problemáticas fundamentales que se resumen en las siguientes cinco orientaciones axiológicas propuestas por Kluckhohn y Strodtbeck, (Cap. I).

- 1) Concepciones del carácter de la naturaleza humana innata: malo, neutro o mixto y bueno; mutable e inmutable.
- 2) Relación del hombre con la naturaleza y con lo sobrenatural; sometimiento, armonía, dominio.

- 3) Enfoque en el tiempo de la vida humana: pasado, presente, futuro.
- 4) Modalidad de la actividad humana: ser, devenir, hacer.
- 5) Modalidad de la relación del hombre con sus semejantes: linealidad, colateralidad, individualismo.

En este amplio ámbito de concepciones normativas y existenciales, la Antropología ha tendido a contextualizar y relativizar culturalmente los sistemas valóricos (BIDNEY, pp. 62-77). Para ello ha sido necesario distinguir entre el nivel prescriptivo de la norma cultural aceptada y el nivel descriptivo en que se da la cultura viva, en la perspectiva vasta de su proceso de cambios adaptativos en marcha y sus conjuntos de transformaciones.

En suma, la Antropología ha defendido y sigue defendiendo el derecho de juzgar un sistema valórico tomando en cuenta los criterios, categorías y ordenaciones de mundo de los individuos que comparten una cultura y pertenecen al mismo contexto sociocultural y medio-ambiental. En otras palabras, parecería no existir una teoría antropológica de valores culturales ni tampoco métodos antropológicos que permitan abrir juicio sobre un sistema valórico si no se consideran, en una instancia previa, los modos en que los miembros de la sociedad correspondiente conocen y conceptualizan su propia realidad. Por tanto, dicha posición gravita en la comprensión cabal de los valores, orientaciones valóricas y principios subyacentes, tal como ellos aparecen al interior de cada matriz cultural y se exteriorizan en la conducta social que emana de ésta.

Con este fin, debe tomarse en cuenta cómo percibe y representa el individuo su propia realidad; cómo piensa que deberían ser las cosas (nivel prescriptivo) y cómo piensa que son las cosas en realidad (nivel descriptivo) (CAWS, pp. 3-4). Los modos en que el individuo responde o actúa en la práctica (nivel operativo) dependerán de sus decisiones selectivas influidas por sus valores y orientaciones valóricas.

Este enfoque relativista o particularista de los valores no excluye la consideración de los valores absolutos o universales, sobre los cuales hay discrepancia entre los antropólogos y las diversas escuelas antropológicas (BIDNEY, pp. 74-86).

II CONCEPTOS DE VALOR Y ORIENTACIÓN VALÓRICA

Aun cuando se advierte cierta vaguedad en su uso en las Ciencias Sociales —asociándose ya sea a actitudes, motivaciones, objetos, conducta específica, costumbres, tradiciones e interacciones—, los valores se asocian primariamente al ámbito de las normas. En un plano diferente, las orientaciones valóricas comprenden tanto nociones valorativas como existen-

ciales. Debido a su relación con normativas específicas, los valores presuponen la existencia de un código perdurable que regula los procesos de interacción.

Entendemos por valores las concepciones de los seres humanos acerca de los principios deseables que guían la toma de decisiones, influyendo en el comportamiento selectivo. En este sentido, el valor "es algo más que una mera preferencia; se limita a aquellos tipos de conducta preferencial basados en concepciones de lo deseable" . . . "Es una concepción explícita o implícita, propia de un individuo o . . . grupo, acerca de lo deseable, lo que influye sobre la selección de los modos, medios y fines de acción accesibles" (KLUCKHOHN, p. 472 y p. 443).

Según esta perspectiva, los valores pertenecen al ámbito de los sistemas ideacionales culturalmente específicos, asociados a un "sistema organizado de conocimientos y creencias mediante el cual los seres humanos estructuran su experiencia y percepciones, formulan actos y eligen entre alternativas" (KEESING, p. 138). En suma, los valores son uno de los fenómenos culturales de mayor gravitación en las relaciones humanas.

Aun cuando los valores implican compromisos que guían la conducta, ellos suelen permanecer ya sea en un nivel implícito al representar inferencias y abstracciones extraídas de los datos sensibles e inmediatos; o bien, en un nivel explícito al ser verbalizados cuando los individuos comunican y fundamentan lo que piensan y hacen. En este sentido, los valores motivan y ratifican la acción, implicando un compromiso entre el pensar y el hacer. En efecto, el establecimiento de un conjunto relevante de valores compartidos es considerado como un requisito para cualquier marco situacional de interacción, puesto que dichos valores legitiman y dan sentido al comportamiento otorgándole coherencia y estructuración. Más aún, los valores compartidos pueden penetrar en varios dominios posibles, estableciendo relaciones y lazos de unión que promueven el equilibrio (MURPHY, p. 65).

Los valores implican raciocinio, en su calidad de mecanismos de juicio y selectividad; y emoción, como elementos afectivos que suelen reforzar afinidades entre personas y grupos. En este sentido, los valores compartidos suelen fomentar la solidaridad (*ibid.*, pp. 65-66).

Las orientaciones valóricas consisten en "naciones acerca de los valores que son: a) generales, b) organizados, y c) incluyen juicios existenciales definidos" (KLUCKHOHN, pp. 458-459). Por tanto, entendemos por orientación valórica "un conjunto de proposiciones enlazadas que comprende tanto elementos valorativos como existenciales" (*loc. cit.*). Puede ser definida como "una concepción organizada y generalizada, que influye sobre la conducta, acerca de la naturaleza, del lugar que en ella le corresponde al hombre, de la relación del hombre con el hombre, y de lo deseable y lo no deseable, según sea la manera en que se refieran

a las relaciones interhumanas y a las del hombre con el ambiente” (*ibid.*, p. 461).

Por tanto, este concepto depende de la concepción existencial del vivir, de una comunidad, clase o nación específicas y de la definición de la situación vital del grupo. “El hallazgo de la definición que el grupo da al significado de la vida, que incluirá tanto a los postulados valorativos como a los existenciales, suministraría al investigador la orientación valórica general del grupo en consideración” (*ibid.*, p. 460).

Las orientaciones valóricas parecen depender de la interrelación de los procesos de percepción, concepción y simbolización, mediante cuya integración el ser humano es capaz de internalizar, comprender, dar sentido y evaluar los fenómenos de su realidad sociocultural. Dichos procesos dan orden y dirección al flujo continuo de fenómenos ideacionales (ideas, representaciones) y conductuales (actos, operaciones). En consecuencia, el estudio de las orientaciones valóricas parecería permitirnos el acceso a la comprensión de aspectos problemáticos tanto de las ideas como de los actos humanos y desentrañar sus significados. Al resumir una experiencia sociocultural internalizada y sedimentada, las orientaciones valóricas se expresan en ideas, símbolos expresivos y normas, las cuales ponen en evidencia ciertos conceptos o pautas que regulan el comportamiento.

III VALORES DE LA JUVENTUD

Es difícil dar un tratamiento segmental al tema de los valores de la juventud, puesto que la Antropología los sitúa en la amplia perspectiva de ámbitos diversos, tales como las edades del hombre, el proceso de aprendizaje informal y formal, los fenómenos de la identidad cultural y de los símbolos como matrices profundas de condensación. Hacemos referencia a tres relaciones que, a nuestro juicio, merecen nuestra atención: 1) valores y enculturación, 2) valores e identidad, y 3) valores y símbolos.

1) *Valores y enculturación*

Desde el albor de su vida, el ser humano inicia el largo y complejo proceso de internalizar la cultura compartida por su propio grupo. Junto con adquirir gradualmente sus hábitos psicomotores básicos; junto con aprender por imitación a comunicarse con su grupo mediante canales no verbales, pre-verbales y verbales, se enfrenta a sus primeras experiencias al hacer suyos los valores, normas, actitudes, ideas y creencias compartidas que rigen y dan sentido a una visión de mundo. De este modo, el ser humano va absorbiendo, en forma lenta y progresiva, los estímulos culturales de su medio ambiente. Va acumulando en sí una suma de expe-

riencias que influirán decisivamente tanto en sus futuras respuestas a estímulos y desafíos medio-ambientales como también en su toma de decisiones, preferencias y criterios selectivos.

Este proceso, que denominaremos *enculturación* (SHIMAHARA, pp. 143-154; cf. WILBERT, pp. 8-10), es un medio de condicionamiento consciente e inconsciente gracias al cual el individuo se va convirtiendo, paso a paso, en un exponente idóneo de la cultura internalizada que él comparte con su propio grupo.

En este extenso proceso, que se desarrolla durante toda la vida del ser humano, se distinguen tres etapas fundamentales:

1) Una primaria, correspondiente a la niñez, que es básicamente formativa y receptiva, poniéndose en juego los mecanismos dominantes de valoración cultural para lograr tanto la formación de hábitos básicos como la estabilidad cultural (HERSKOVITS, pp. 53-54).

2) Otra secundaria, correspondiente a la adolescencia, que es básicamente activa y creativa, poniéndose en juego valores y mecanismos que suelen influir en los deseos de transformación o cambio de la estructura sociocultural vigente (*ibid.*, p. 55).

3) Sin embargo, la enculturación no termina con la adolescencia. Ella prosigue en la vida adulta, puesto que cada ser humano está continuamente expuesto al enriquecedor proceso de aprendizaje que no concluye sino con el término de la vida. En esta tercera etapa, el ser humano es capaz de lograr una mayor estabilidad sociocultural apoyada en una mejor articulación de los sistemas ideacionales y conductuales, y de los conceptos y valores deseables, con la noción realista de lo factible, fruto de la experiencia vivida y de una visión madura de la realidad.

En la enculturación juvenil se distinguen dos procesos de aprendizaje: uno informal y otro formal. El primero de ellos consiste en la transmisión, internalización, adquisición y acumulación de valores, unidos a conocimientos, habilidades, normas y actitudes. Proviene de experiencias espontáneas conectadas con la exposición del joven a estímulos medio-ambientales. Y deriva de aprendizajes que poseen algún desarrollo intencional y organización separada del marco de la educación formal. Por otra parte, la enculturación formal se refiere a la educación institucionalizada, inspirada en principios jerárquicos y basada en una graduación cronológica.

Cabe destacar la importancia del aprendizaje informal por ser decisivo en la consolidación de una base cultural y valórica a menudo contradictoria con las metas vigentes de la educación formal. Tanto el aprendizaje informal como el formal se dan en forma paralela y continua en la vida del joven. Es necesario dar mayor atención e importancia a los procesos de aprendizaje espontáneo e informal generados en los grupos primarios, por su influencia decisiva en el sistema valórico básico que la juventud ha internalizado y lleva consigo a la escuela y universidad.

En suma, la enculturación juvenil es un proceso bipolar de transmisión y transmutación cultural (SHIMAHARA, pp. 143-154). En ella coexisten dos principios opuestos: la preservación de la cultura y valores tradicionales heredados, y su cambio o transformación. Dicho proceso bipolar tiende a fluctuar de acuerdo a las etapas críticas de la adolescencia, al tipo de interacciones que se da al interior del grupo familiar, y a la dinámica de los grupos juveniles. Todo ello responde a la orientación valórica inestable que subyace en la mentalidad joven y en la dinámica de los grupos juveniles.

2) *Valores e identidad*

Mediante el proceso de aprendizaje cultural, los jóvenes logran establecer su propia identidad. Esta se expresa en señales o signos manifiestos: los rasgos diacríticos que los individuos esperan descubrir y exhiben para indicar identidad en sí mismos y en los demás; y que son, por lo general, la vestimenta, el lenguaje, la forma y estilo general de vida. Pero la identidad se expresa más cabalmente en las orientaciones de valores básicos: las normas de moralidad y excelencia por medio de las cuales se juzga el comportamiento.

Se ponen en juego los mecanismos de valoración de la cultura propia y la ajena, que refuerzan la personalidad y favorecen la adaptación e integración al medio. También surge la sobrevaloración del propio sistema de vida y modalidades de acción. El etnocentrismo juvenil descansa, por lo general, en la premisa —discutible, por cierto— que la propia visión de mundo de la generación joven es preferible o superior a todos los demás modelos de las generaciones mayores. Así, por una parte, los jóvenes refuerzan y dan sentido a la propia identidad cultural, favoreciendo a su adaptación individual e integración a los grupos juveniles. Y, por otra, su etnocentrismo puede conducirlos a la intolerancia o al dogmatismo, con todo lo que esto implica en su vida universitaria y su contexto de relaciones humanas.

Se requiere una posición extraordinariamente tolerante y comprensiva por parte de los adultos para establecer un diálogo humano, cálido y sincero con la juventud. Si esto no ocurre, se enfrentan dos especies de intolerancia y se quiebra el diálogo. Creo que es nuestra misión como universitarios adultos no permitir que esto ocurra.

3) *Valores y símbolos*

A menudo, los valores y orientaciones valóricas suelen representarse en forma indirecta u oblicua, mediante formas de comunicación simbólica. Entendemos por símbolo las “formulaciones tangibles de nociones, abstrac-

ciones de la experiencia fijadas en formas perceptibles, representaciones concretas de ideas, actitudes, juicios, deseos, creencias" (GEERTZ, p. 5). Los símbolos comunican significados compartidos socialmente y constituidos culturalmente.

La ambigüedad es uno de sus rasgos centrales: nunca son completamente autónomos ni autosuficientes. Nunca se explican totalmente a sí mismos. Actúan como mediadores o comunicadores reemplazando a otra entidad. Revelan y ocultan un orden de realidad diferente, un distinto orden de experiencia. Son misteriosos, evocadores y sugerentes, plenos de significado (LEWIS, p. 1).

Los símbolos se caracterizan por sus significados múltiples: son polisémicos; por la unificación de significados aparentemente contradictorios; por su condensación de ideas y valores, interacciones y relaciones; por la polarización de significados en dos polos semánticos: uno ideológico y otro sensorial (TURNER, p. 184).

Ahora bien, los valores pueden ser representados en símbolos cuyos significados compartidos son fáciles de decodificar: un color, un número, un movimiento, un elemento de la naturaleza, una sustancia vegetal o mineral, una posición espacial, o una concepción temporal pueden representar simbólicamente valores y dar lugar a representaciones concretas o abstractas. El conocer el código empleado por el usuario del símbolo es condición necesaria para comprender su lenguaje que constituye, quizás, un medio de expresión de los valores de gran poder evocativo y eficacia comunicativa.

Pienso que debemos aprender a leer los valores de la juventud en el discurso simbólico. Debemos conocer sus claves y decodificar su sentido. La comprensión cabal de estos códigos nos permitiría percibir más y más justamente; conocer más y en mayor profundidad; evaluar más cabalmente su visión de mundo, empleando las premisas que ellos mismos utilizan.

A partir de esta comprensión más profunda podría ser posible entablar un diálogo constructivo, continuo y fecundo.

ABSTRACT

The main point of this paper is to bring to our attention a number of contributions to Social Anthropology relating to value systems or to value orientation in young people, while considering factors such as in-culturization, identity, and symbology characteristic of this stage of life. Prof. Grebe goes on to articulate a panorama of values in the sphere of cultural behaviour, showing their effect on the educational systems. She believes in the need to understand the values of youth within their own symbolical context, in order to arrive at a productive dialogue with those involved in this period of life.

REFERENCIAS

- BIDNEY, David. "El Concepto de Valor en la Antropología Moderna". En A.L. Kroeber et al., *Conceptos y Valores*, Buenos Aires, Libros Básicos, 1965.
- CAWS, Peter. "Operational, Representational, and Explanatory Models". *American Anthropologist*, 76, 1, 1974, pp. 1-10.
- GEERTZ, Clifford. "Religion as a Cultural System". En M. Banton (ed.), *Anthropological Approaches to the Study of Religion*, Londres, Tavistock, 1966, pp. 1-46.
- HERSKOVITS, Melville J. "Cultura y Sociedad". En M. J. Herskovits, *El Hombre y sus Obras*, México, Fondo de Cultura Económica, 1952, pp. 42-55.
- KEESING, Roger M. "The Anthropological Concept of Culture". En R. M. Keesing, *Cultural Anthropology: A Contemporary Perspective*, Nueva York, Holt, Rinehart & Winston, 1976, pp. 138-142.
- KLUCKHOHN, Clyde. "Los Valores y las Orientaciones de Valor en la Teoría de la Acción". En T. Parsons y E.A. Shils, *Hacia una Teoría General de la Acción*, Buenos Aires, Kapelusz, 1968, pp. 435-484.
- KLUCKHOHN, Florence R. y Strodtbeck, Fred L. *Variations in Value Orientations*. Evanston, Ill., Row Peterson, 1961.
- LEWIS, I. M. "Introduction". En I. M. Lewis ed., *Symbols and Sentiments: Cross Cultural Studies in Symbolism*, Londres, Academic Press, 1977, pp. 1-24.
- MURPHY, Robert F. *The Dialectics of Social Life*. Londres, Allen & Unwin, 1971.
- SHIMAHARA, Nobuo. "Enculturation: A Reconsideration". *Current Anthropology*, 2, 1970, pp. 143-154.
- TURNER, Victor W. "Symbols in African Ritual". En *Symbolic Anthropology*, J. L. Dolgin et al. (eds.), Nueva York, Columbia University Press, 1977, pp. 183-194.
- WILBERT, Johannes. "Introduction". En J. Wilbert ed., *Enculturation in Latin America: An Anthology*, Los Angeles, UCLA Latin American Center Publications, 1976, pp. 1-27.